

# Ejercicios de supervivencia

## *ensayo de crítica autobiográfica*

### I

En los que iban a ser los últimos años de su vida, después de atravesar un período de aflicción y acedia, Roland Barthes entrevió las señales de una mutación, la posibilidad de un recomienzo. La decisión de inscribir su trabajo, a partir de ese momento, bajo la divisa íncipit Vita Nova, quedó registrada en la conferencia “«Mucho tiempo he estado acostándome temprano»”, dictada en el Collège de France el 19 de octubre de 1978.<sup>1</sup> Lo mismo que Proust, con quien no se compara, pero sí se identifica, Barthes liga el deseo de recomenzar, su realización, al descubrimiento de una nueva forma de escritura, que ya no sería la del ensayo crítico, porque siente que agotó sus posibilidades, ni la de la novela en su sentido convencional, porque sabe con certeza que no podría escribir una. Como el autor de la *Recherche*, fantasea con una “tercera forma” capaz de movilizar las potencias literarias que corresponderían al advenimiento de una nueva edad, una forma autobiográfica en la que el egotismo pudiera ser trascendido a fuerza sutileza y fragmentación. En las clases de su último curso, *La preparación de la novela*, publicadas póstumamente, Barthes imaginó esta forma híbrida como un engarce aleatorio de notaciones circunstanciales, capaces de articular la elegancia sintáctica con la verdad del instante en el que se insinúa un afecto.

También por la vía de la identificación, proyectándome en algunos gestos y afirmaciones del propio Barthes, quisiera esbozar —en la primera sección de estos apuntes— una ojeada retrospectiva sobre mi labor como crítico literario, para reconstruir la trama de decisiones y equívocos que me llevaron a buscar otras formas de escritura,

<sup>1</sup> Recogida en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Trad.: C. Fernández Medrano. Barcelona: Paidós, 1987; pp. 327-339.

**Citar:** Giordano, A. (enero-junio de 2017). Ejercicios de supervivencia. *La Palabra*, (30), 277 – 286. doi: <https://doi.org/10.19053/01218530.n30.2017.6205>

### **Alberto Giordano**

Universidad Nacional de Rosario CONICET. Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigador Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, y Profesor de la Universidad Nacional de Rosario. En 1990, fundó el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la U.N.R; y, actualmente, dirige el Boletín de dicho Centro. Dictó seminarios de posgrado y conferencias en diversas universidades nacionales y extranjeras. Entre sus libros publicados se encuentran: Roland Barthes. Literatura y poder (1995); Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política (1999); Manuel Puig, la conversación infinita (2001); Modos del ensayo. De Borges a Piglia (2005); Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas (2006) y El giro autobiográfico de la literatura argentina actual (2009).

albertogiordano59@gmail.com

más allá de los marcos retóricos habituales, con el propósito de encausar nuevas inclinaciones afectivas, las que corresponderían a una edad en la que ya se aprendió que la supervivencia es la forma más intensa de vida. El recurso a la teoría, como reserva de conceptos que aspiran a tensionar la exposición, será en mi caso el expediente para intentar trascender el egotismo, en la dirección de un pensamiento de la crítica abierto al examen de sus aporías, incluso de sus imposibilidades.

A propósito de la insistencia de la palabra “cuerpo” en sus ensayos de los años 70, Barthes conjetura:

En el léxico de un autor, ¿no es preciso que haya siempre una palabra-maná, una palabra cuya significación, ardiente, multiforme, inasible y como sagrada, dé la ilusión de que con ella se puede responder a todo? Esa palabra no es ni excéntrica ni central; es inmóvil y llevada, a la deriva, nunca *instalada*, siempre *atópica* (que escapa de todo tópico), a la vez residuo y suplemento, significante que ocupa el lugar de todo significado.<sup>2</sup>

Si pienso en qué palabra cobró la fuerza de un concepto-valor

en mi léxico de crítico literario, una que haya podido atraer e impulsar la argumentación obstinadamente, pero sin extinguir su reserva de incertidumbre, diría que esa palabra fue “ejercicio”. Algunas de las significaciones que le atribuye el diccionario, exponen la plasticidad semántica que la volvió susceptible a distintas apropiaciones: “acción y efecto de ejercer”; “conjunto de movimientos corporales que se realizan para mantener o mejorar la forma física”; “actividad destinada a adquirir, desarrollar o conservar una facultad o cualidad psíquica”; “prueba que realiza el opositor o el estudiante para obtener un grado académico o pasar un examen”.<sup>3</sup>

La primera vez que recurrí a “ejercicio” fue para subrayar la dimensión performática y corporal de lo que había elegido como tema y método de una investigación de posgrado: la forma del ensayo. Sin saberlo, no hacía más que retomar, a través de un rodeo teórico, la denominación que ya usaba el inventor del género, Michel de Montaigne, para señalar cómo se implican retórica y ética en los usos de una prosa argumentativa sin pretensiones doctrinarias o didácticas. (Más tarde, después de leer a Lukács, Adorno y Starobinsky, iba a aprender que, así como no hay teoría del ensayo

fuera de su práctica, tampoco es posible reevaluar, en cada coyuntura, las posibilidades actuales del género, sin un retorno estratégico a Montaigne). Frente al docto, que encomienda a los rigores del tratado sus ilusiones de conocimiento sistemático y objetivo, el ensayista no oculta sus ineptias, ni se preocupa ante la posibilidad de equivocarse o contradecirse, ya que no pretende dar a conocer las cosas sino a sí mismo, sus inclinaciones y sus facultades, con todo lo que la subjetividad tiene de cambiante y equívoco. El ensayista “palpa” o “roza” con la escritura, la consistencia de las cosas del mundo para saber de qué modo lo afectan o podrían afectarlo, cómo se le resisten o se le entregan, según las fuerzas de su estilo. Es cierto que solo se ocupa de sí mismo, pero si lo hace en profundidad, buscando descubrir dominios desconocidos, es raro que esas incursiones no resulten de utilidad también a otros. Los filósofos que han querido alcanzar algún saber de la vida que pudiese transformarla y hacerla más intensa “no se han contentado —escribe Montaigne— con aguardar a cubierto y en reposo los rigores de la fortuna, no fuera que ésta les sorprendiese inexpertos y novatos en la lucha, sino que le han salido al encuentro y se han lanzado deliberadamente a la prueba de las

<sup>2</sup> En Roland Barthes por Roland Barthes. Trad.: Julieta Sucre. Barcelona: Kairós, 1978; p. 141.

<sup>3</sup> Real Academia Española, Diccionario de la lengua española. Buenos Aires: Espasa Calpe, 22ª. Ed., 2001; p. 868.

dificultades”.<sup>4</sup> La escritura del ensayo sería una ejercitación en el oficio y el arte de saber contar con el azar, porque solo se aprende por hallazgos, poniendo a prueba, en cada ocasión, el vigor y las insuficiencias del pensamiento y la escritura. “Para cumplir plenamente con la ley del ensayo, el ensayista debe ensayarse a sí mismo.”<sup>5</sup> Escribir, no para comunicar lo que sabe o siente, sino para experimentar qué pueden su sensibilidad y sus destrezas retóricas cuando responden a las señas que hace lo inexplorado.

La pretensión de que el ensayo fuese no solo el tema, sino también el método de mis investigaciones literarias (método irónico, ya que reniega de cualquier noción implicada en la idea de conocimiento reproducible), me instaló en un campo problemático, tramado por tensiones irreductibles, el de “lo ensayístico en la crítica académica”. Situarse en este campo, supone el deseo resistir el dominio que ejercen, en las carreras de humanidades y ciencias sociales, las morales del pragmatismo y la eficacia demostrable sobre los modos de articular investigación y escritura. Quienes lo asumen, intentan restituirle a los conceptos el vínculo con

“el elemento irritante y peligroso de las cosas [literarias]”<sup>6</sup> que borran o reducen las generalizaciones teóricas. Lo consiguen, si adoptan el punto de vista de una subjetividad en estado de inquietud e interrogación, problematizada por el deseo de explicarse qué le ocurre mientras lee. Esta intrusión en los dominios teóricos de una subjetividad desdoblada por la afirmación del carácter intransferible de sus experiencias y el deseo de comunicarlas conceptualmente, definiría, como tentativa improbable, la apuesta al ensayo en contextos académicos.

Un investigador literario deviene ensayista cada vez que escribe, no para reproducir conocimientos, sino para saber qué pasa entre un texto y su lectura, entre ese encuentro incierto y las previsiones teóricas. En esos intervalos de exploración, cuando los conceptos dejan de funcionar como garantías de consistencia y legitimidad para transformarse en medios de búsqueda, se define el estilo de cada crítico, su modo de interrogar la literatura y las formas de conocerla, de responder activamente a las potencias del acontecimiento literario (la idea de *respuesta activa* reinstala en el horizonte del ensayista, no

importa qué tan lejos se le aparezca, la utopía del “absoluto literario” que postularon, a fines del siglo XVIII, los románticos alemanes del círculo de Jena, la creencia en que la auténtica teoría literaria es la literatura misma en estado de reflexión irónica. A su manera, Barthes lo advirtió en el Prefacio de *Ensayos críticos*: como el Narrador proustiano, el crítico literario es un escritor aplazado, que ocupa la espera con una obra suplementaria; la novela siempre es el horizonte del crítico.<sup>7</sup>)

La segunda ocasión en la que “ejercicio” se convirtió en un término clave, esta vez con un espesor conceptual más denso, fue en el curso de mis investigaciones sobre escrituras del yo, sobre cómo se tensionan en la configuración de los actos autobiográficos lo que van modelando los procesos de autotfiguración y lo que emerge como efecto desplazado de una experiencia íntima. Cuando se manifiesta –cuando el lector conjetura o imagina su aparición, con los recursos del ensayo–, la experiencia de algo íntimamente desconocido de quien escribe su vida desdobra el registro o el relato de las vivencias autobiográficas, y provoca un desvío o la suspensión de lo

<sup>4</sup> En “La ejercitación”, *Los ensayos. Libro II, Capítulo VI*. Ed. y Trad.: J. Bayod Brau. Barcelona: Acantilado, 2007; p. 533.

<sup>5</sup> Jean Starobinski, “¿Es posible definir el ensayo?”, Trad.: Blas Matamoro, en *Cuadernos Hispanoamericanos* 575, 1998; p. 36.

<sup>6</sup> Theodor W. Adorno, “El ensayo como forma”, en *Notas de literatura*. Trad.: Manuel Sacristán. Barcelona: Ariel, 1962; p. 14.

<sup>7</sup> Ver Roland Barthes, *Ensayos críticos*. Trad.: Carlos Pujol. Barcelona: Seix Barral, 2003; p. 22.

que las autofiguras buscan cristalizar en términos de carácter o identidades estables.<sup>8</sup>

En diarios personales, cartas, memorias o autobiografías, los escritores figuran, a través de distintas estrategias retóricas, imágenes públicas y privadas de sí mismos por las que esperan ser reconocidos. Los procesos de autofiguración son, a la vez, inter y trans subjetivos: los escritores se representan para otros, desde Otros, según las posibilidades que ofrecen los imaginarios sociales que definen, en cada momento, lo que es aceptable o deseable en términos de intersubjetividad. Pero a veces, bajo la presión de inclinaciones íntimas, desconocidas u olvidadas, que solo el lector advierte, las autofiguras se enrarecen o toman direcciones imprevistas: las imágenes que debían servir de señuelo al reconocimiento y la admiración, se impregnan de una inquietante ambigüedad.

A la manera de un psicoanalista dispuesto a escuchar los intervalos que se abren entre el decir y lo dicho, a imaginar, en las resonancias de ese vacío, la posibilidad de un recorrido existen-

cial denegado, como lector de las tensiones que inquietan los actos autobiográficos, fui elaborando, de ensayo en ensayo, una estrategia de intervenciones críticas que consiste en señalar la emergencia de algunos gestos enunciativos indeterminados, que muestran más o menos de lo que la escritura compone en términos de imaginarios de autor. Cuando persevero en la lectura de estos desdoblamientos, no hago otra cosa que perseguir las formas en que las escrituras del yo intentan articular literatura y vida. Al hablar de “vida” (otra “palabra-maná”), pienso, menos en el desarrollo de una historia personal, que en un proceso, o devenir, íntimamente extraño. Algo que Virginia Woolf registró con sobriedad y precisión en su diario, al referirse a las oscilaciones anímicas como movimientos aleatorios de “pleamar y bajamar”, o como el misterioso ir y venir de la niebla. La vida sería un acontecimiento impersonal que se define por lo que puede, por la plasticidad de lo viviente para recrearse a través de la multiplicación de sus conexiones, según la alternancia entre movimientos heterogéneos (expansión/contracción, insis-

tencia/desvío): una cuestión de *ritmo*. Lo que más me interesa de los géneros autobiográficos es la posibilidad que tienen, no solo de documentar lo común y lo irreplicable de una vida, sino también de intensificar los ritmos vitales. Por eso, suscribo con entusiasmo la sentencia de Robert Filliou que Nicolás Bourriaud escogió como epígrafe para *Formas de vida. El arte moderno y la invención de sí*: “El arte no es más que un medio para hacer la vida más interesante que el arte”.<sup>9</sup>

Aunque me ocupé también de algunas memorias y autobiografías, fueron los diarios de escritor los que atrajeron con más fuerza mi interés crítico, después de haberme aficionado a su lectura, por dos razones complementarias. Al presentar la vida como un proceso *in medias res*, pautado por la dinámica del recomienzo (la insistencia de lo que no tiene causa ni fin), la forma discontinua del diario es la que produce el efecto de autenticidad biográfica más potente. Por otro lado, están los misterios que rodean a la figura del diarista-escritor (¿cuáles son las razones por las que vuelve a decidir, cada día,

<sup>8</sup> Para los alcances del concepto de “autofiguración” en la lectura crítica de textos autobiográficos, ver Sylvia Molloy, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. El concepto de “experiencia íntima” es una derivación de lo que José Luis Pardo propone en *La intimidad* (Valencia: Pre-Textos, 1996). Para el filósofo español, lo íntimo no es una gradación de lo privado, sino una dimensión irrepresentable de la subjetividad, una reserva de indeterminación que escapa a la dialéctica en la que lo privado y lo público se oponen para poder complementarse. Concebido como un efecto de escritura, lo íntimo remite a la manifestación de una distancia que impide identificarse, apropiarse sin restos de uno mismo, y ser identificado. Esa distancia íntima solo aparece en las escrituras del yo como algo que no pueden (sino que quieren) decir.

<sup>9</sup> Nicolás Bourriaud, *Formas de vida. El arte moderno y la invención de sí*. Trad.: Carmen Rivera Parra. Murcia: CENDEAC, 2009; p. 7.

tomar apuntes personales en un cuaderno?; ¿qué hace y qué cree hacer cuando registra los vestigios de una jornada?; ¿en qué clase de personaje lo convierte la prosecución, siempre al borde de la renuncia, del hábito diarístico?) y la posibilidad de atribuir al diario, entre otras funciones, las que corresponden a los *ejercicios espirituales*: el conocimiento, el cuidado y el perfeccionamiento de sí mismo. Seguir de cerca cómo se sostienen estos propósitos, qué interfiere o frustra su cumplimiento, y cómo inciden, en uno y otro caso, las pasiones literarias del diarista, aunque no esté “haciendo” literatura, ha sido durante años mi rutina profesional más apreciada.

En *Hermenéutica del sujeto*, Michel Foucault llama “espiritualidad” al conjunto de las búsquedas y prácticas “por las cuales el sujeto realiza en sí mismo las transformaciones necesarias para tener acceso a la verdad”.<sup>10</sup> Lo interesante de esta perspectiva, que converge —a pesar del propio Foucault— con la del psicoanálisis como ética de la experiencia inconsciente, reside en la presuposición de que solo podríamos acceder a la verdad de nuestros afectos, al misterio de lo que nos mueve al aceptar o rechazar inmediatamente, al

hacer o permanecer inactivos, si antes realizamos un trabajo de depuración y mejoramiento de nosotros mismos.<sup>11</sup> En los ejercicios espirituales, lo verdadero no se demuestra ni revela, se fabrica a partir de un trabajo de selección y desprendimiento que diferencia lo que es conveniente para los procesos vitales de lo que los inmoviliza. Que la escritura del diario pueda ser, entre tantas cosas, una de las formas en que se realice este trabajo de *ascesis*, supone que, bajo la presión que ejerce el deseo de acceder a la verdad para transformar la vida, una entrada pueda convertirse en otra cosa que un espejo ofrecido a la autocomplacencia: una campo para la experimentación performativa, en el que el diarista ponga a prueba la consistencia moral y el nervio ético de lo que le pasa, mientras ensaya discretas mutaciones.

La lectura de diarios de escritor en clave de ejercicio espiritual, se mostró particularmente fecunda en los casos en los que el diarista registra, entre otras vivencias cotidianas, las que corresponden a un proceso patógeno que lo convirtió en *sobreviviente*, es decir, en alguien que tuvo que asumir la verdad irónica de nuestra existencia: el hecho de que es por

la proximidad con el sinsentido de la muerte por lo que la vida puede ganar sentido sin perder plasticidad ni inmovilizarse. La “vida”, anotó Rosa Chacel en su diario, es “una cosa que, cuando no está amenazada, no se siente”.<sup>12</sup> Por eso, los diarios de vidas en peligro, amenazadas por enfermedades psíquicas u orgánicas, son los que mejores posibilidades tienen de documentar, como una especie de sismógrafo anímico, la íntima extrañeza de los procesos vitales y de intervenir ocasionalmente en ellos, para extraer, de lo agónico, posibilidades de vida y escritura inauditas.

## II

No recuerdo con exactitud las fechas, cuándo comenzó, si se interrumpió en setiembre o en octubre de 2014; sé que fueron más de dos años. Ya había estado deprimido en otras ocasiones, a los 20 y a los 35, pero este, el de la mediana edad, fue un derrumbe casi infinito. Uno de los psicoanalistas con los que me traté, como yo insistía en querer describir los síntomas con precisión y nunca lo lograba, me sugirió que llevase un diario de la enfermedad, para ver si con las herramientas de mi oficio podía conseguir algún resultado satisfactorio, o al menos

<sup>10</sup> Michel Foucault, *La hermenéutica del sujeto*. Curso en el Collège de France (1981-1982). Trad.: Horacio Pons. Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica, 2006; p. 33.

<sup>11</sup> Para la convergencia de la “espiritualidad” foucaultiana con la ética del psicoanálisis, ver Jean Allouch, *El psicoanálisis, ¿es un ejercicio espiritual?* Respuesta a Michel Foucault. Buenos Aires: El cuenco de plata, 2007.

<sup>12</sup> Rosa Chacel, *Diarios. Obra completa. Volumen IX*. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 2004; p. 283.

distraerme y limitar el desborde de la angustia hacia la desesperación. No pude hacerlo, ni siquiera lo intenté. Tuve que esperar a lo que más tarde llamé “el tiempo de la convalecencia”, para recuperar las ganas de escribir. Volvieron, nunca lo hubiese imaginado, renovadas, en fuerza y orientación. Eran ganas de otra cosa.

En el Prefacio a la segunda edición de la *Gaya ciencia*, Nietzsche habla del “agradecimiento” del convaleciente después de recuperar la salud en forma inesperada, de la “voluptuosidad de un agradecimiento triunfante”, en el que se afirma, como nunca antes, el amor a la vida.<sup>13</sup> Como nunca antes, por la diferencia de intensidad (la que corresponde a los placeres del recomienzo, después de un tiempo de privación) y porque se ama de otro modo, con sereno entusiasmo, y la certeza de que casi nada de uno mismo debe tomarse demasiado en serio.

Apenas comenzado el tiempo de la convalecencia, empecé a llevar un cuaderno de apuntes en Facebook, que enseguida tomó la apariencia y cumplió las funciones de un diario personal, para ejercitarme en registros y retóricas ajenos a mi oficio de crítico literario, primero, para aventurarme en algo que,

ironizando, llamé “intimismo espectacular”, después. Entre octubre de 2014 y diciembre de 2015, llevé el diario de un crítico y un profesor, el de un padre y un huérfano, el de un moralista improvisado, y el de alguien que se reconocía como sobreviviente de una depresión. El cuaderno virtual de ejercicios literarios fue también un cuaderno de ejercicios espirituales destinado al cuidado de la “salud mental” del diarista, la bitácora de un proceso de convalecencia que acaso no hubiese podido apreciar en sus diferentes matices, en la heterogeneidad de sus movimientos, de no haber adquirido el hábito de anotar algo —impresiones, recuerdos, ocurrencias— para componer cada jornada con los recursos de lo imaginario.<sup>14</sup>

Para alguien acostumbrado a la retórica de la argumentación, los ejercicios sintácticos de un diarista plantean exigencias ascéticas a las que no siempre podrá responder. Las que se derivan de la necesidad de radicalizar la pauta interrupción/recomienzo, y de la conveniencia de apostar a la elipsis en todos los niveles (suprimir las conjunciones, las transiciones; suspender sin concluir; sugerir sin presentar; afirmar y no ofrecer pruebas), arriesgándose al equívoco o el malentendido. Más peligroso es

el requerimiento de escribir sobre uno mismo sin la prótesis de los gestos críticos, para registrar y explicarse las rarezas de lo trivial. Hay que aprender a no retroceder frente a la propia estupidez, cuidar también de ella sin cortejarla, sin abandonarse por completo a las seducciones del sentimentalismo y la autocelebración. Diría que pocas veces se logra.

La auténtica teoría de la literatura es, según los románticos alemanes, la literatura misma en estado de reflexión irónica. Un día, en mi diario de escritor en Facebook, para bromear entre amigos y poner a prueba una convicción, anoté esta derivación de aquel postulado: la auténtica teoría de las escrituras de sí mismo es su práctica, reflexiva e irónica, en cualquier soporte, incluidas las abrumadoras redes sociales. Con los tonos de una nueva edad, metódicamente irresponsable, quise aludir a mi propia búsqueda de una “tercera forma”, la que correspondería a los deseos de un ensayista dispuesto a sobrevivir al eclipse de sus pasiones críticas.

Transcribo algunas entradas de ese diario, como documentos frágiles de lo expuesto en las páginas precedentes.

<sup>13</sup> Friedrich Nietzsche, *La ciencia jovial (La gaya scienza)*. Introducción, traducción y notas de Germán Cano. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001; p. 63.

<sup>14</sup> Bajo el título *El tiempo de la convalecencia*, el sello Ivan Rosado (Rosario, Argentina) publicará próximamente la edición en libro del diario que llevé en Facebook.

25 de abril (2015)

Como todos los sábados, cruzo el centro de la ciudad en taxi para llevar a mi hija al curso de fotografía. Después de meses, en la radio, vuelvo a escuchar la canción que hizo popular a Marco Antonio Solís de forma inapelable, “Si no te hubieras ido”, y confirmo que su encanto (el del *kitsch* sentimental cuando los clichés transmiten afectos auténticos) es inmarcesible. Y sin embargo, por seguir el curso de pensamientos que nada tienen que ver con la canción, ni con las seducciones del *kitsch*, me digo que todavía más difícil que sobrellevar la ausencia de alguien irremplazable es vivir sin uno mismo, diferir o suspender el vínculo con los llamados impulsos elementales en nombre de la concordia. No hay nada tan demoledor. Al menos para quienes creen que es necesario armonizar con el mundo de los valores incluso en soledad. Como ese mundo solo pude ser indiferente, o peor, refractario a la rareza de cualquier impulso, la vida, que además de caprichosa es obcecada, cuando tiene que reclamar, lo hace con una saña directamente proporcional a la fuerza de lo sacrificado.

9 de mayo

Como todos los sábados, cruzo el centro de la ciudad en taxi para llevar a mi hija al curso de fotografía. En el camino

me avisa que hoy es la última clase. Me sorprende la noticia y más, el sentimiento de desolación que me provoca. Antes que cualquier pensamiento, llega, nítida, la imagen de los carteles que veíamos en la 5ta. Avenida, hace algunas semanas, anunciando la última temporada de *Mad men*: “The end of an era”, el aura melancólica alrededor de la imagen, a la que fui sensible desde un principio, aunque los carteles invitaran a la celebración y estuviésemos caminando por la 5ta. Avenida. La desproporción entre mi pesadumbre y la retórica de los grandes acontecimientos es evidente, pero la imagen vuelve en su “literalidad”, sin resonancias irónicas, asociada a un momento irrepetible en el que experimentamos una sensación de convivencia dichosa. Cada momento vale por una era, si la memoria corteja su desaparición. A cierta edad aprendemos que hay un erotismo propio de la rememoración nostálgica, esas heridas pueden resultar dulces, pero también que la melancolía es una droga dura, de enorme poder adictivo. Por eso en el taxi, a medio camino, vacilo, como en el borde de un precipicio, entre el deseo de abrir las compuertas del recuerdo—reparar la serie de todos los viajes en taxi con Emilia, cada uno irrepetible, como un mundo autónomo del que fuimos expulsados—, y la necesidad de pensar en otra cosa.

Si pienso en que cada sábado registré, en este cuaderno virtual, los viajes en taxi para llevar a

mi hija al curso de fotografía, me digo que no es cierto, como escribió Gide, que un diario sirva para poner algo a salvo de la desaparición. Por lo menos para quien lo escribe, se parece más a un memorial de sucesivas pérdidas. Como me faltaba la experiencia, habiendo escrito tanto sobre el género, omití decir lo esencial: todo diario es diario del duelo.

24 de mayo

Entre los peligros que depara dejarse absorber por un trance sacrificial—renunciar a la propia rareza con la ilusión de restablecer por ese medio el equilibrio psíquico perdido— está la aprobación, incluso el entusiasmo, que tal iniciativa puede despertar en el prójimo, y no siempre por razones mezquinas.

27 de mayo

El obsesivo es un héroe de la resistencia, en el sentido freudiano de la expresión. Puede dar rodeos maratónicos para demorar el paso que no ve la hora de dar. Por eso tarda en descubrir que de la angustia no se sale revisando, rectificando o recomponiendo, si no, sencillamente, rompiendo.

25 de junio

Dice, para que lo agregue a la ficha del obsesivo, que al menos en su caso, la idea de “salud mental”—dibuja las comillas

con el tono— quedó asociada al descubrimiento de que la experiencia del sinsentido, algo de lo que siempre creyó que debía protegerse, además de provocar inquietud y angustia, puede ser ocasión de entusiasmo, incluso de tranquilidad (la tranquilidad de no tener que ser). Lo saludable, agrega, y pide que lo anote, es haber podido incorporar ese descubrimiento al horizonte de lo posible.

6 de julio

Corrijo un ensayo sobre *La tentación del fracaso*, el diario de Julio Ramón Ribeyro, que escribí mientras estaba mal. Si uno no cede por completo a las demandas académicas, se escribe sobre la intimidad de otro para entrar en intimidad con lo que aparece como un misterio a plena luz del día (esa vida como proceso errático) y el diálogo comienza con el descubrimiento de puntos de identificación. “Mayo [de 1973]. Lo que no he aprendido en mis cuarenta y cuatro años de vida ni aprenderé nunca es a vivir. Saber vivir: frase banal, hecho capital.” Con casi diez años más que el diarista, pude suscribir el autodiagnóstico, que en mi caso tomaba una inflexión acaso más banal: lo que no había aprendido, y temía no poder aprender, era a vivir la existencia de un adulto responsable. Hoy diría, con alguna convicción, que lo que acaso estaba aprendiendo mientras sufría por no haber “ma-

durado” —si es que cabe hablar de aprendizaje para referirse a episodios de angustia severa— era a vivir sin la orientación de ciertos ideales, como el de la adultez responsable, cuyo valor había sostenido sin reservas hasta ese momento, aún a costa de prolongados sufrimientos. Sé que hay un ensayo de Freud que trata sobre esto, la tentación del fracaso disfrazada de condena, pero todavía no lo leí. En lo que no podía identificarme entonces, era en el orgullo que Ribeyro siente la mayor parte del tiempo cuando verifica la condición de inadaptado, la presunción de que algunas cosas suceden solo si no se cumplen expectativas razonables: la vergüenza y la culpa no me dejaban siquiera flotar en alguna forma de aceptación. Me hundía.

No hay semana en la que no piense, por lo menos una vez, qué apropiado sería que nos enseñaran, desde chicos, cómo hay que hacer para intentar tranquilizar a quienes sienten inquietud o miedo (advirtiéndonos que solo es posible intentarlo y que no es raro que el desesperado se resista a abandonar su condición). No hace falta convertirse en psicoanalista. Alcanza con no rechazar el espectáculo del sufrimiento, incluso si se advierte la puesta en escena, declarándolo innecesario, ilusorio o irresponsable. Los juicios morales solo sirven para establecer relaciones de sometimiento, lo mismo que la

compasión. Deleuze, en plan estoico, diría que alcanza con querer el acontecimiento de la angustia o el temor, con plegarse a su acontecer para descubrir los puntos de incisión, en lugar de inmovilizarlo cuanto antes bajo el peso de una consigna (“deberías ponerte bien, si sobran razones”). Yo diría que alcanza con querer entrar en intimidad con la intimidad del sufriente: aproximarse, desde la identificación, a la extrañeza radical de lo que le ocurre, a ver si se puede algo.

9 de agosto

Como este habrá sido el diario del tiempo de la convalecencia, anoto que el último martes quedamos con Norberto Díaz en que el próximo, es decir, pasado mañana, interrumpiremos el análisis. Coincidimos en que parece más preciso hablar de “interrupción” que de “fin”, aunque la idea es que el trabajo que veníamos haciendo, de alguna forma, acaso provisoria, concluyó. Puedo arreglármelas solo. ¿Qué querrá decir esto? Tendrá que ver con lo que conversábamos en las últimas sesiones, haber recuperado la confianza en mí mismo, o mejor, haberme desprendido de los impulsos que me hacían destruirla. Ni siquiera los psicoanalistas saben por qué uno se empeña en lastimarse, durante un tiempo, y después deja de hacerlo, y hasta parece que adquiere otros reflejos, más saludables. En mi caso,

poder arreglármelas solo debe querer decir, entre otras cosas, poder disfrutar de la soledad en la que se toman las decisiones más importantes, disfrutar –incluso en la angustia, nada disfrutable– de que no hace falta el consentimiento de los otros para tomarlas, no sentirse culpable por disfrutarlo, y no obligarse a pagar ningún precio (como desconfiar de uno mismo). La intolerancia casi absoluta a cualquier gesto o comentario que ponga en duda mi confiabilidad –la vengo experimentando desde comienzos de año–, debe ser un efecto colateral de la “cura”. No me interesa atenuarla, aunque a veces resulte excesiva. No por el momento.

27 de octubre

Hace poco me enteré de que un escritor bastante conocido –le hace gracia que lo sigan llamando “joven”, aunque está próximo a cumplir cincuenta años– tuvo que comenzar a divorciarse de su primera esposa a través de una conversación telefónica de larga distancia. Me pasó lo mismo, con el agravante de que la distancia era, en mi caso, mucho más larga que la que separa Buenos Aires de una ciudad patagónica: tuve que comenzar a divorciarme desde París, desde un teléfono público del aeropuerto Charles de Gaulle, recién llegado de Copenhague. Si uno es sensible a la victimización femenina y consiente que los reproches se

excedan en la dirección de lo melodramático (quiero decir: si uno es manipulable), tener que comenzar a divorciarse por teléfono, desde el extranjero, puede resultar desquiciante. Por suerte, cuando me ocurrió, estaba en compañía de un amigo, Marcelo Sztrum, del que se podría decir que sí me salvó la vida. Como las puestas melodramáticas no escatiman en recursos, tuve que cambiar el pasaje y anticipar el regreso varios días. Marcelo me alojó en su departamento y me sostuvo, durante cuarenta y ocho horas, apelando al más elemental sentido común: si lo que yo quería era divorciarme –lo quería tanto como salir a la superficie, cuando los pulmones parece que van a estallar– y comenzar una nueva vida, entonces iba a sobrevivir al melodrama, y a la comedia de la autoinculpación, sin perder la cordura. Tenía razón.

Como la ocasión era propicia, nuestras charlas durante aquel tiempo suspendido volvían continuamente sobre las penurias de la depresión, experiencia misteriosa en la que ambos teníamos antecedentes. Para sumar otra voz, no más autorizada pero sí más elocuente, Marcelo me regaló *Face aux ténèbres. Chronique d'une folie*, la traducción al francés de las memorias de William Styron sobre la depresión que lo abatió hacia 1985. Como me cuesta leer en otras lenguas, aunque suponía que era un libro que me estaba predestinado, nunca pasé

de la primeras páginas. Quedó olvidado en la biblioteca durante mucho tiempo. Lo reencontré y lo dejé a mano hará algo más de un año, cuando se podría decir que comenzó el tiempo de la convalecencia. Había llegado el momento de leerlo, pero no poder hacerlo de corrido me quitaba las ganas. Tuve que volver a Chile, la semana pasada, a las librerías del Drugstore de Providencia, para encontrarlo traducido al español, finalmente disponible. *Esa visible oscuridad. Memoria de la locura*, es un librito de ochenta y cinco páginas editado por Hueders, en Santiago, en marzo de este año. Lo leí, como tenía que ser, de un tirón, ayer a la tarde. Ocupé más tiempo en tomar notas, notas que voy a transcribir y desarrollar en las siguientes entradas de este diario, que en leerlo. Baste decir, por ahora, que es un libro de lectura imprescindible para aquellos a quienes les toca tratar con alguien de quien se puede decir que está deprimido, para saber qué hacer (lo poco que hay para hacer, en caso de estar dispuesto) y, sobre todo, para saber qué no hay que hacer, en caso de no querer agravar un dolor que ya es insostenible. “La depresión –dice Styron– es un desorden psíquico tan misteriosamente penoso y esquivo en la forma de presentarse al conocimiento del yo –del intelecto mediador– que llega a bordear lo indescriptible. De este modo permanece casi desconocido para aquellos que no lo han experimentado en su forma extrema.” Es, con otras palabras, lo

que me decía mamá, durante cada depresión suya, después de la primera mía, la de los veinte años: “vos me entendés, porque viviste lo mismo.” Tenía razón, solo en parte, porque ninguna depresión es semejante a otra.

27 de octubre

Como es escritor, y sabe de la distancia entre los nombres y lo que señalan, Styron advierte que “depresión” es una palabra demasiado blanda para transmitir la violencia, “la espantosa fantasmagoría de la mente que se ahoga”. Tal vez “melancolía” se ajuste mejor. Esa visible oscuridad es una confesión con valor de testimonio porque el relato autobiográfico desenvuelve una fenomenología de la enfermedad con matices que no siempre advierten los saberes que intentan explicarla. Acaso no haya otro libro del que se pueda aprender tanto –aunque no sea mucho– sobre esta misteriosa aflicción, no sobre sus causas –siempre conjeturales–, ni sobre su cura –la única certidumbre es que no hay remedio inmediato–, sino sobre qué convendría hacer mientras dura. El que no la padeció no puede saber de qué se trata, y el que la sufre no cuenta con recursos para ofrecer una representación clara. Este es el punto de partida, del que Styron consigue apartarse cuando in-

siste, con elocuencia sobrecogedora, sobre la cualidad física del dolor depresivo, semejante al de un cuerpo que se asfixia. Se trata, para decirlo de una vez, de un dolor insoportable, que no hay modo de no vivir como infinito, ya que nadie puede anticipar el final. ¿Por qué una vida se debilita y ensombrece de tal forma; por qué la aflicción puede durar meses pero también años; por qué es tan común que la enfermedad se repita, más de una vez? Hay quienes sobreviven y hasta parece que mejoran, como si hubiesen aprendido algo, y hay quienes naufragan definitivamente. A Styron lo ofende el menosprecio moral en que se tiene el suicidio de quienes padecen depresiones severas, cuando se lo juzga como una especie de debilidad. La analogía con el enfermo de cáncer terminal sitúa la reflexión en un plano justo: “la tortura de la depresión grave, totalmente inimaginable para quienes no la hayan sufrido, en muchos casos mata porque la angustia que produce no puede soportarse un momento más.” Pedirle más a quien no soporta un día más el tormento que lo demuele es razonable; censurarlo por no haber respondido es una jactancia digna del mayor desprecio. Si en casi cualquier circunstancia someter el examen de un problema a juicios morales resulta pernicioso, cuando se trata de un trance depresivo es absolutamente contraproducente,

incluso dañino. Es como querer apagar un incendio rociándolo con nafta. Algunos lo hacen por impotencia, por desesperación. Otros, porque ni siquiera en tales circunstancias son capaces de renunciar al goce de sentirse moralmente superiores (a estos se los reconoce por la indignación que les provoca ver que la nafta no ahoga el incendio). “La pérdida en todas sus manifestaciones constituye la piedra de toque de la depresión”, comenzando por la pérdida de la autoestima y la confianza en uno mismo. “Esta pérdida puede degenerar en seguida en dependencia, y la dependencia en miedo infantil.” Por eso hay que cuidarse de sancionar el “egoísmo” o las “debilidades” de quienes sufren depresiones, en caso de que no querer agravar sus padecimientos: ellos ya están convencidos de que no valen nada.

3 de diciembre

A veces me dan ganas de volver a análisis, por un día, para conversar sobre algo puntual. Después me acuerdo de lo que le decía Marguerite Duras a su amante, Yann Andréa, supongo que para sacárselo de encima, y sigo con lo que estaba haciendo. “No intente comprender, no lo conseguirá, nadie en el mundo lo consigue. No hay nada que comprender. Ni yo misma lo entiendo.”